

---

## Manifiesto de «rivolta femminile»

«¿Las mujeres siempre estarán divididas entre ellas? ¿Lograrán alguna vez formar un único cuerpo?» (*Olympe de Gouges, 1971*).

La mujer no se halla definida por su relación con el hombre. La conciencia de este hecho es fundamental tanto para nuestra lucha como para nuestra libertad.

El hombre no es el modelo al que la mujer debe adecuar el proceso de descubrirse a sí misma.

Respecto al hombre la mujer es el otro. Respecto a la mujer el otro es el hombre. La igualdad es un intento ideológico para someter a la mujer en niveles más elevados.

Identificar a la mujer con el hombre significa anular la última posibilidad de liberación.

Para la mujer liberarse no quiere decir aceptar idéntica vida a la del hombre, que es invivible, sino expresar su sentido de la existencia.

La mujer en cuanto sujeto no rechaza al hombre como sujeto, sino que lo rechaza como rol absoluto. En la vida social lo rechaza en tanto que rol autoritario.

Hasta ahora el mito de la complementariedad ha venido siendo utilizado por el varón para justificar su poder.

Desde la infancia las mujeres son persuadidas para que no tomen decisiones y para que dependan de una persona «capaz» y «responsable»: el padre, el marido, el hermano...

La imagen femenina con la que el hombre ha interpretado a la mujer ha sido invención suya.

La virginidad, la castidad, la fidelidad, no son virtudes, sino vínculos contruidos para mantener la familia. El horror es la codificación represiva resultante.

La mujer, en el matrimonio, privada de su apellido, pierde su identidad, con lo cual se da a entender que ha cambiado de propietario, pasando del padre al marido.

La persona que genera al hijo no le puede dar su propio apellido: el derecho de la mujer ha sido codiciado por otros, y se ha convertido en privilegio de ellos.

Nos obligan a reivindicar la evidencia de un hecho natural.

Reconozcamos que el matrimonio es la institución que ha subordinado a la mujer al destino del hombre. Manifestémonos en contra del matrimonio.

El divorcio es un injerto en el matrimonio, con el cual se refuerza dicha institución.

La transmisión de la vida, el respeto a la vida, el sentido de la vida son intensas experiencias de la mujer, valores que la mujer reivindica.

El primer elemento del rencor de la mujer hacia la sociedad es verse obligada a afrontar la maternidad como disyuntiva excluyente.

Denunciamos la desnaturalización de una maternidad pagada al precio de la exclusión.

La negación del libre aborto debe ser considerada como parte del veto global que se ejercita sobre la autonomía de la mujer.

No queremos continuar pensando toda la vida en la maternidad y continuar siendo instrumentos inconscientes del poder patriarcal.

La mujer está harta de criar a un hijo que se convertirá en pésimo amante.

En una libertad que es difícil de afrontar, la mujer libera incluso al hijo, y el hijo es la humanidad.

En toda forma de convivencia, alimentar, limpiar, y atender a todos los momentos de la vida cotidiana, deben ser gestos recíprocos.

Por su educación y por mímesis el hombre y la mujer se adaptan a sus roles desde la más tierna infancia.

Reconozcamos el carácter mistificador de todas las ideologías, porque, mediante las formas razonadas del poder (teológico, moral, filosófico, político), la humanidad se ha visto empujada a una condición inauténtica, oprimida y consentidora.

Detrás de toda ideología adivinamos la jerarquía de los sexos.

De ahora en adelante no queremos que entre nosotras y el mundo exista ninguna barrera.

El feminismo ha sido el primer momento político de crítica histórica a la familia y a la sociedad.

Unifiquemos las situaciones y episodios de la experiencia histórica feminista: en ellos la mujer se ha manifestado interrumpiendo por primera vez el monólogo de la civilización patriarcal.

Nosotras identificamos en el trabajo doméstico no retribuido la prestación que permite subsistir al capitalismo privado y estatal.

¿Volveremos a permitir lo que se ha repetido continuamente al término de toda revolución popular, cuando la mujer, que ha combatido junto a todos los demás, se ve postergada con todos sus problemas?

Detestamos los mecanismos de la competitividad y el chantaje ejercitado en el mundo por la hegemonía de la eficiencia. Queremos poner nuestra capacidad de trabajo al servicio de una sociedad inmune a estos males.

La guerra siempre ha sido la actividad específica del hombre, y su modelo de comportamiento viril.

La paridad retributiva es uno de nuestros derechos, pero nuestra opresión es otra cosa. ¿Nos basta la paridad salarial cuando ya cargamos sobre las espaldas con las horas del trabajo doméstico?

Reexaminemos las aportaciones creadoras de la mujer a la comunidad, deshaciendo el mito de su laboriosidad subsidiaria.

Dar gran valor a los momentos «improductivos» es una extensión de la vida propuesta por la mujer.

Los que detentan el poder afirman: «Amar a un ser inferior es parte del erotismo». Mantener el *status quo*, por lo tanto, es un acto de amor.

Aceptamos la libre sexualidad en todas sus formas, porque hemos cesado de considerar que la frigidez es una alternativa honrosa.

Continuar reglamentando la vida entre los sexos es una necesidad del poder, la única elección satisfactoria es una relación libre.

La curiosidad y los juegos sexuales son un derecho de los niños y de los adolescentes.

Hemos esperado 4000 años: por fin abrimos los ojos!

A nuestras espaldas se halla la apoteosis de la milenaria supremacía masculina. Su pedestal más firme han sido las religiones institucionalizadas. Y el concepto de «genio» ha constituido su escalón inalcanzable.

La mujer ha tenido la experiencia de ver destruido día a día todo cuanto hacía.

Consideramos incompleta una historia que se ha construido sobre huellas no percederas.

Sobre la presencia de la mujer no se nos ha dicho nada, o lo que se ha dicho se ha dicho mal: nosotras debemos redescubrir dicha presencia para saber la verdad.

La civilización nos ha definido como inferiores, la Iglesia nos ha llamado sexo, el psicoanálisis nos ha traicionado, el marxismo nos ha vendido a una revolución hipotética.

Pedimos referencias de los milenios de pensamiento filosófico durante los cuales se ha teorizado sobre la inferioridad de la mujer.

Consideramos responsables de las grandes humillaciones que nos ha impuesto el mundo patriarcal a los pensadores: ellos son quienes han mantenido el principio de la mujer como ser adicional para la reproducción de la humanidad, vínculo con la divinidad o umbral del mundo animal; esfera privada y *pietas*. Ellos han justificado en la metafísica lo que en la vida de la mujer había de injusto y atroz.

Escupamos sobre Hegel.

La dialéctica amo-esclavo es un arreglo de cuentas entre colectividades de hombres: no preveía la liberación de la mujer, la gran oprimida de la civilización patriarcal.

La lucha de clases, como teoría revolucionaria desarrollada a partir de la dialéctica amo-esclavo, excluye igualmente a la mujer. Nosotras volvemos a poner en tela de juicio el socialismo y la dictadura del proletariado.

Al no reconocerse en la cultura masculina, la mujer le quita su ilusión de universalidad.

El hombre siempre ha hablado en nombre del género humano, pero ahora la mitad de la población terrestre le acusa de haber sublimado una mutilación.

La fuerza del hombre reside en su identificación con la cultura, la nuestra en su refutación.

Tras este acto de conciencia el hombre será diferente de la mujer y deberá escuchar de ella todo lo que le concierna.

El mundo no se acabará aunque el hombre pierda el equilibrio psicológico que se halla basado en nuestra sumisión.

En la realidad ardiente de un universo que nunca ha revelado sus secretos, nosotras quitamos mucho del crédito dado a los empeños de la cultura. Queremos estar a la altura de un universo sin respuestas.

Nosotras buscamos la autenticidad del gesto de rebelión y no la sacrificaremos ni a la organización ni al proselitismo.

*Roma, julio de 1970*